

GARCIA GAINZA, María Concepción, Directora, HEREDIA MORENO, María Carmen, RIVAS CARMONA, Jesús, ORBE SIVATTE, Mercedes, *Catálogo Monumental de Navarra. III. Merindad de Olite*, publicado por la Comunidad Foral de Navarra, Departamento de Educación y Cultura, Institución Príncipe de Viana, Arzobispado de Pamplona y Universidad de Navarra, Pamplona, 1985, 598 p., 752 fotograbados en negro, 265 planos y dibujos, 60 láms. en color.

Se publica ahora el volumen correspondiente a la Merindad de Olite, dentro del Catálogo Monumental de Navarra, con lo cual el feliz augurio del primer tomo se reafirma con esta nueva aportación. Ha habido desde el principio unidad de acción en cuanto al equipo científico, pero al mismo tiempo se ha mantenido la colaboración de entidades, que hacen posible que estas obras que dignifican a quienes las patrocinan lleguen a buen puerto.

Como es usual, se inicia el catálogo con una panorámica que resume el contenido. Diríase una historia del arte del catálogo, cosa muy de agradecer para no limitarse al puro reconocimiento de las obras.

El planteamiento de la investigación sin duda ha determinado la misma presentación editorial. Se advierte una acción de conjunto. Buscar noticias en los archivos, comprobar la bibliografía, medir las obras y estudiarlas, finalmente, en el centro. El catálogo no se limita a identificar y clasificar; hay aportaciones críticas, referentes a atribuciones o valoraciones.

Un cúmulo de novedades aflora, aunque no ha habido un propósito selectivo. Lo prueba la multitud de edificios populares catalogados. Pero es tierra de hidalgos; los escudos forman muchedumbre. Se describen, dibujan y fotografían. Es llamativo que en ciertos edificios los escudos se coloquen en la clave del arco de la portada.

Como el catálogo se dirige a los conjuntos, la visión urbanística tiene singular presencia. Hoy el historiador del arte tiene que ser amante del urbanismo. Admirable el plano de Artajona, y dentro de él el recinto fortificado de El Cerco. Olite es enteramente militar; las extensas páginas y los gráficos que al urbanismo de esta población se conceden tienen el valor de una monografía. Militar también Ujué, con esa población ascendente hacia el castillo. Y notas de urbanismo más civil, como esa plaza "mayor", regular, de Larraga.

La arquitectura civil está representada por nobles palacios, como el de Azpilcueta, en Barasoain, con severísima simetría y un aparejo de plomada y cartabón; obra perfecta, si las hay. Solanas, con sus ventanas seriadas en el último piso, testimonio de conexiones con el Valle del Ebro, lo mismo que las torres con textura de tejido. Muestras de arquitectura barroca, como esa sensacional planta de la Basílica del Patrocinio, en Milagro.

De escultura, el gótico se ha paseado como antes el románico; tierra medieval, de gran fecundidad. Terrible Crucifijo gótico, el de la Buena Muerte, de la parroquia de Santa María en Olite; pero el gótico es arte para el sufrimiento. Retablos del Renacimiento, con aplomo y elegancia; Tafalla, con Juan de Anchieta a la vista. En fotografía, todo un alarde: se puede subir con los ojos, desde el banco al ático, en triunfal ascensión. Retablos barrocos abundantes; gracias al dibujo, la traza queda evidente y se podrán estudiar con precisión.

También la pintura está bien representada. Pinturas en tabla del siglo xv, como las de San Saturnino en Artajona; y antes los frescos murales. Ya en el Renacimiento, el retablo mayor de Santa María de Olite, con un conjunto insuperable atribuido a Pedro de Aponte. Llama la atención la impetuosidad de lo santiagués. Vicente Berdusán nos ofrece un Santiago Matamoros implacable en la parroquia de Funes. Otro pintor formado en la escuela de Madrid acelera el barroquismo en el otro Santiago de la iglesia de San Pedro de Mendigorria. Santiago ha resucitado con brío en el xvii hispánico.

Curiosidades iconográficas, como la Virgen entregando el rosario a Santo Domingo y

Santa Catalina, en la iglesia de Santiago de Funes con un rosario de rosas como nimbo florecido.

El color se agradece sobre todo en orfebrería. Navarra ofrece primores y obras excepcionales; la Virgen de Ujué, cuajada de pedrería y esmaltes, lleva hasta las alturas el mensaje románico.

El catálogo queda hecho. Las piezas asidas por su documentación, medidas y fotografías; los edificios abarcados por tantos diseños, de pulcra ejecución. Modélico empezó el Catálogo; así continúa y así se percibe el término.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

MARTÍN GONZÁLEZ, Juan José, *El artista en la sociedad española del siglo XVII*, Colección Ensayos Arte, Ediciones Cátedra, Madrid, 1984, 302 p., 47 ilustraciones.

Con la publicación de este libro, el autor continúa con una línea de investigación que inició hace algunos años con un artículo que fue a la vez pionero y ejemplar (“la vida de los artistas en Castilla la Vieja y León durante el Siglo de Oro”, *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVII, 1959, p. 391-4397, y que ha conocido posteriormente otras prolongaciones por parte del mismo.

El estudio de la situación social del arte y del artista en el siglo XVII no es fácil, sino que requiere un amplio y profundo nivel de conocimientos en quien lo aborde —como sucede en este caso—, no sólo por la importancia cuantitativa y cualitativa del arte de este período, sino también por los cambios que experimenta la consideración social de la obra de arte y del artista en este momento, con respecto al pasado, iniciando algunos de los caminos por donde discurrirá más tarde el arte moderno. También ha resultado beneficioso para el resultado final del estudio el hecho de que el autor haya seguido a lo largo de su vida investigadora una trayectoria no única, sino plural, lo que le ha puesto en contacto con la obra de arte desde perspectivas diversas. Así, entre el material reunido para la elaboración de este libro se cuentan datos extraídos de estudios monográficos de artistas, de publicaciones contemporáneas al artista, de tratados artísticos de la época y de fuentes documentales, publicadas o inéditas, de tal modo que en ocasiones se hace imprescindible la lectura de las notas a pie de página, pues resultan tan fructíferas como el texto al que se refieren. Todos estos datos se ordenan y distribuyen en los correspondientes capítulos y apartados, de manera que el lector puede ir penetrando progresivamente en los mecanismos sociales que rigen la actividad artística durante el Siglo de Oro. Efectivamente, aunque el libro se haya centrado en el siglo XVII, son frecuentes las referencias a la centuria anterior, pues es inevitable retroceder al siglo XVI para explicar el origen de cuestiones tales como la consideración del ejercicio del arte como profesión liberal, la primacía de la Pintura sobre la Escultura, la afirmación del artista en la estructura social a través de la obtención de un status económico más elevado, una mayor formación intelectual, la concesión de títulos y distinciones, etc.

El libro comienza considerando la regulación legal del ambiente en el que se forman y trabajan los artistas: el aprendizaje del oficio, la composición del taller y el contrato de la obra de arte, con sus correspondientes tasaciones y formas de pago. A continuación se estudia cada una de las especialidades artísticas, desde las más intelectuales hasta las más mecánicas, pues durante el Barroco desaparece el concepto renacentista de artista total. Se empieza con el arquitecto, que supera ya definitivamente el status medieval de maestro de obras y cuya actividad es esencialmente mental, ya que su tarea principal es la de dar las trazas, no sólo de las grandes obras arquitectónicas, sino también de arquitecturas efímeras, retablos, etc. Para ello precisa una amplia formación, que consigue en gran parte a través del conocimiento de los tratados. La actividad del pintor durante el siglo XVII es compleja, pues no se limita a la pintu-